

# EL ESTILETE

Crítica | Pensamiento | Arte

*Una insólita faena de antología, se dice en términos taurinos*

Por Elías Pino Iturrieta

El Estilete marzo 11, 2016

Abundan los informes sobre la evolución de las ciudades, independientemente de su tamaño e importancia. Los funcionarios públicos, instituciones como los concejos municipales u organismos de mayor calado, personas importantes que recogen datos o que se consideran como autoridades (sería el caso de los viajeros extranjeros) capaces de dar noticias sobre una urbe determinada, han ofrecido, desde tiempo inmemorial, detalles sobre la marcha de los lugares que se fundan y comienzan su andadura a través del tiempo. Se trata de documentos valiosos, que se someten al estudio de los historiadores para dar cuenta de cómo eran las cosas en un conglomerado durante una época particular, evidencias imprescindibles un sitio que el conocimiento o la curiosidad del futuro quieren reconstruir, para saber cómo fue la vida y cómo cambió la vida de los hombres agrupados en un

sitio que el conocimiento o la curiosidad del futuro quieren reconstruir.



Hotel Humboldt. 2012. Foto de Federico Prieto.

Ya en el siglo XX, o quizá desde las postrimerías del siglo XIX, se establecieron grupos de analistas o de científicos sociales con el objeto de estudiar el presente de las ciudades, para llegar a aportes fundamentales cuya objetividad se celebra. Hablamos del aporte de los sociólogos, los antropólogos, los politólogos y los

estadísticos, por ejemplo, de cuyas investigaciones salen descubrimientos fundamentales sobre las peculiaridades de una comunidad en el lapso escrutado por ellos. Sin tales trabajos, resulta imposible una aproximación solvente sobre la rutina o sobre los problemas de tales lugares. Este tipo de análisis no ha faltado entre nosotros, por fortuna, hasta el punto de que, por su ausencia, no nos vamos a quedar sin saber lo que queremos saber sobre la sociedad en general o sobre sus particularidades locales.

Hoy, frente a la antología de Ana Teresa Torres, estamos ante una faena diversa, que remite a otro tipo de aproximaciones en torno de un lugar específico. Lo anterior, en términos generales, conduce a un empeño de objetividad, a un conjunto de testimonios que pretende apegarse a la realidad sin traicionarla, a datos que se suponen confiables y, en algunos casos, irrefutables, sobre las vicisitudes de un contorno. Valiosos como pocos, claro está, imprescindibles en buena medida, ya son parte de una manera de estudiar y de pensar el gregarismo, a la que estamos habituados sin darle alternativa mayor a los reproches, ni a las sorpresas. Menos mal que existen, qué bueno que los tengamos a mano, pero tienen la limitación de lo que pretende ser exacto o preciso, el freno de las evidencias concretas que apenas permiten un vuelo de relativo aliento a quienes las procuran. El universo que pone a nuestra disposición Ana Teresa Torres en la recopilación titulada Fervor de Caracas, que publica Fundavag Ediciones en un hermoso y consistente volumen, es otra cosa de veras insólita y digna de atención. De allí su trascendencia, me parece.

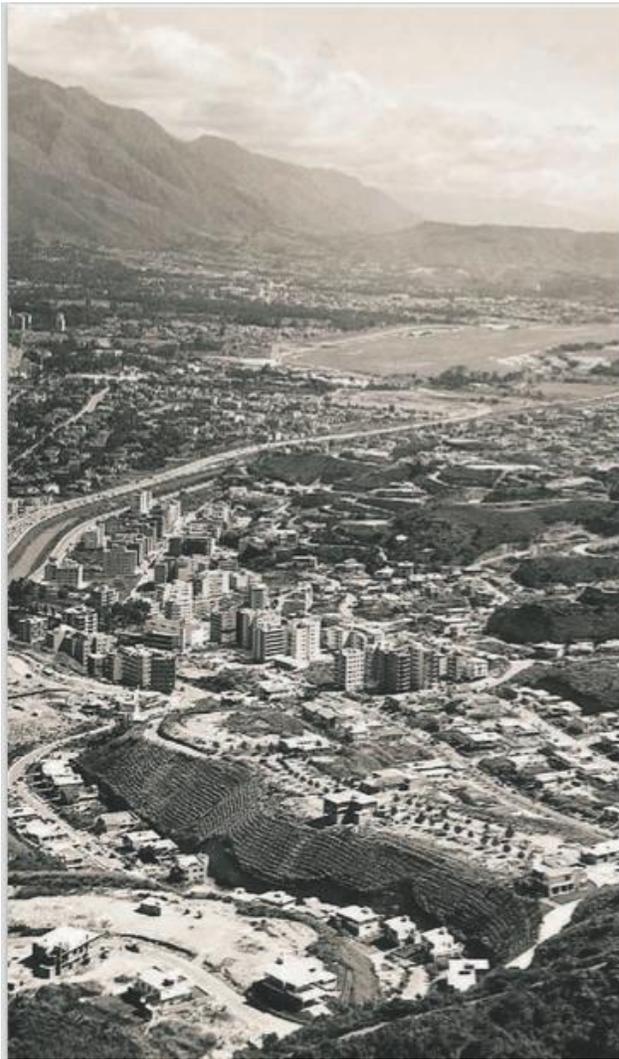
Ana Teresa Torres no reúne ahora conocimientos objetivos, piezas palmarias, cifras inobjetables o apuntes oficiales, sino todo lo contrario. Agrupa

**No habíamos tenido jamás un comité tan  
elocuente y hermoso, pero también duro o  
implacable, hablando de la ciudad del Ávila**

subjetividades y aun fantasías.

Explora el universo de la creación literaria, o piezas procedentes de autores destacados en el ámbito de la literatura venezolana, para dar cuenta de cómo sintieron, desde su sensibilidad, desde sus cercanías pero también desde sus alejamientos, desde sus frustraciones y sus regocijos, desde sus luces y sus oscuridades, la capital que les da cobijo o los aprisiona, o no les da lo que

necesitan, o les hace falta. No habíamos tenido jamás un comité tan elocuente y hermoso, pero también duro o implacable, hablando de la ciudad del Ávila. No habíamos tenido ocasión de presenciar un desfile de versiones y de experiencias personales sobre el lugar, capaz de permitirnos el descubrimiento de horizontes inesperados en un paisaje que considerábamos familiar y dominado, en lo más parecido a la palma de nuestra mano. La familiaridad y la seguridad del experto, del vecino viejo y probado, desaparecen o se topan con la necesidad de intentar los otros rumbos que la autora propone ahora, en un extraordinario esfuerzo de colección que comienza en el siglo XVIII y llega hasta nuestros días.



Urbanización Colinas de Bello Monte (detalle), imagen tomada cerca de 1953 por Hamilton Wright. Colección Fundación Fotografía Urbana.

Como se trata de una búsqueda de subjetividades que depende de la subjetividad de la recopiladora, y de un viaje largo en sentido cronológico, se pudiera pensar en las carencias del trabajo, en lo que desechó bajo el pretexto de la novelista caraqueña que apenas se detiene en lo que le parece, sin necesidad de ofrecer excusas. La novelista que ha acudido en sus libros a las peripecias de la ciudad sin empeñarse en una reconstrucción histórica cabal, sin ser esclava de los lapsos de la localidad en cuyo seno se desenvuelven las aventuras de sus personajes, puede darse el lujo de anunciar lo siguiente: debido a que trabajo en la parcela de la creación literaria, hago lo que me parece con mi antología y acudo a los testimonios de acuerdo con mi capricho o, en el mejor de los casos, con la predilección que tengo por ellos o por la antipatía que me provocan. No sucede así, por fortuna. El trabajo de pesca fue acucioso y metódico, hasta el punto de concluir en un panorama redondo de los autores que ha querido poner a la disposición del lector contemporáneo. Ciertamente, maneja el cartabón de la calidad literaria, como advierte en la introducción del volumen, lo cual quiere decir que desecha a los creadores sobre cuya calidad alberga dudas, pero eso merece gratitud en lugar de reproche. De allí que no solo estemos ante una muestra exhaustiva o casi exhaustiva de la materia que le importó, en caso de que quepa ese término, sino también ante una cita con admirables experiencias estéticas.

Ana Teresa Torres hizo la antología por su Fervor de Caracas, desde luego. Ya había demostrado la inclinación en sus novelas y le faltaba remacharla con el trabajo que ahora tengo el privilegio de comentar en la Feria del Libro del Caribe, pero ese fervor no se patentizó en la improvisación que, en ocasiones, producen los fervores, o en la coartada que de ellos se puede desprender para meter y sacar letras a mansalva. El libro tiene como antecedente una investigación meticulosa, de la cual se encuentra evidencia en la inclusión de autores poco trajinados, como Heriberto García de Quevedo, o de fragmentos de la correspondencia familiar de Andrés Bello, en la que trasmite su nostalgia de la ciudad, o unas imágenes de Juan Vicente González, inhabituales en el plomo de un polemista de armas tomar, o una carta de Bolívar que generalmente se ha revisado para dar cuenta de los desastres de la guerra. Una búsqueda improvisada no se hubiera detenido en este tipo de fuentes que la obligaban a esculcar de veras.

Fervor de Caracas ofrece varios caminos para meterse en la escena, para ver su evolución, sus ceremonias de la cotidianidad, los lugares en los que se vive y aun las imaginaciones que suscita.

Fervor de Caracas ofrece varios caminos para meterse en la escena, para ver su evolución, sus ceremonias de la cotidianidad, los lugares en los que se vive y aun las imaginaciones que suscita. En sus páginas está la ciudad que se divisa desde la lejanía, la ciudad que produce memorias propias de plumas curiosas, la ciudad rodeada de paisajes o creadora de ellos, la ciudad dividida en partículas que producen sensaciones de diferente especie, la ciudad que abre y cierra sus itinerarios de acuerdo con la evolución de sus caminos y con la voluntad de los gobiernos, la ciudad encerrada en las casas de quienes las habitan o de quienes se mudan a otros domicilios en medio de rutinas y desafíos, la ciudad que convoca a las lecturas y a las conversaciones, la ciudad que se pierde en las carreras del exilio, la ciudad atacada por la naturaleza o por el impacto de la saña política, la ciudad que se espera desde las necesidades de la fantasía. Toda ella está en un solo sitio, sin posibilidad de extraviarse, gracias a un acopio extraordinario.

Hablamos de 91 autores de todas las épocas caraqueñas, desde el pasado remoto hasta la actualidad, metidos en 597 páginas con su prólogo y con indicaciones bibliográficas precisas, acompañadas por fotografías y por otras imágenes buscadas en diversos archivos. Hablamos, pues, en especial, de una labor de método y organización que no proviene de una pulsión erudita, ni de un encierro oscuro en las bibliotecas para deslumbrarnos con nuevos conocimientos a través de los cuales engorda el currículo de la autora, sino de un sentimiento afectuoso desde el cual se llega a la construcción de uno de los documentarios de mayor relieve en la historia de Venezuela. No solo por la disciplina propia de este tipo de empresas, desde luego, sino porque nos introduce en un devenir de palabras hermosas y en un elenco de plumas excepcionales que solo puede juntar una autora que quiere mucho a su ciudad pero que, a la vez, confiesa su amor por su oficio de escritora al cual ofrece, sin egoísmo, posibilidades infinitas de comunicación con los lectores.

Ana Teresa Torres nos guiaría por las  
excepcionales exploraciones de una gran  
ciudad que ha hecho nuestra literatura a  
través del tiempo



Cuando invitó a un itinerario en 1720, cuando se adelantó con la presentación de un poblado que apenas se establecía con propiedad, José de Oviedo y Baños no podía imaginar que una legión de científicos sociales, como los nombrados al principio, se ocuparían del tema con prolijidad. Tampoco pudo imaginar, desde luego, que, a partir de 2015, Ana Teresa Torres nos guiaría por las excepcionales exploraciones de una gran ciudad que ha hecho nuestra literatura a través del tiempo y que él, porque llegó muy temprano, apenas se animó a describir en sobrio esbozo. Lo que hay de resaltante desde la antigüedad en materia literaria, relativo a la ciudad, está en Fervor de Caracas. Ya lo sabe, don José, pero también ustedes los que me leen ahora, a quienes recomiendo sin reservas la lectura de una de las antologías documentales de mayor relevancia que se han hecho en Venezuela. @eliaspino

---